

CINCO PRINCIPIOS IGNACIANOS CON VALOR UNIVERSAL. BARCELONA 2012

Adolfo Chércoles Medina SJ

- A. Su antropología: EE 32; EE 98: 'que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada'; EE 23: necesidad de una 'vectorialidad'
- B. La sensibilidad como culminación: “conocimiento interno”, “suavemente”.
¿Actitudes?
- C. La consolación (en cuanto poso) como pieza clave de todo discernimiento:
importancia del tiempo.
- D. “Contemplativo en la acción”
- E. Hay que buscar un sentido verdadero en la Iglesia
- F. Experiencia de Dios: “sin causa precedente”
- G. “ansí nuevamente encarnado”, “lo que Cristo N.S. padece en la humanidad”
- H. Un modo de gobierno: eficacia desde la escucha.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo elegir? ¿Desde qué criterio?

IV. LA ORACIÓN: suscitar un ‘estado de ánimo’ vagamente devoto en el que no se dé una concentración de la voluntad y la inteligencia (confundirla con la oración de silencio). Desviar la mirada de Dios y dirigirla hacia ellos mismos: suscitar *sentimientos o sensaciones* (v.c. en vez de pedir perdón, sensación de sentirse perdonados). Que en la oración se dirija a lo que Él ha creado, no a la Persona que lo ha creado a él. Cuando confía en Su Presencia real, puede ocurrir cualquier cosa.

Las inexpertas sugerencias que haces en la última carta me indican que ya es hora de que te escriba detalladamente acerca del penoso tema de oración. Te podías haber ahorrado el comentario de que mi consejo referente a las oraciones de tu paciente por su madre ‘tuvo resultados particularmente desdichados’. Ése no es el género de cosas que un sobrino debiera escribirle a su tío..., ni un tentador subalterno al subsecretario de un Departamento. Revela, además, desagradable afán de eludir responsabilidades; debes, aprender a pagar tus propias meteduras de pata.

Lo mejor, cuando es posible, es alejar totalmente al paciente, como tu hombre, es un adulto recién convertido al partido del Enemigo, la mejor forma de lograrlo consiste en incitarle a recordar –o a creer que recuerda- lo parecidas a la forma de repetir las cosas de los loros que eran sus plegarias infantiles. Por reacción contra esto, se le puede convencer de que aspire a algo enteramente espontáneo, interior, informal, y no codificado; y esto supondrá, de hecho, para un principiante, un gran esfuerzo destinado a suscitar en sí mismo un *estado de ánimo* vagamente devoto, en el que no podrá producirse una verdadera concentración de la voluntad y de la inteligencia. Uno de sus poetas, Coleridge, escribió que él no rezaba ‘moviendo los

labios y arrodillado’, sino que, simplemente, ‘se ponía en situación de amar’ y se entregaba a ‘un sentimiento implorante’. Ésa es, exactamente, la clase de oraciones que nos conviene, y, como tiene cierto parecido superficial con la oración del silencio que practican los que están muy adelantados en el servicio del Enemigo, podemos engañar durante bastante tiempo a los pacientes listos y perezosos. Por lo menos, se les puede convencer de que la posición corporal es irrelevante para rezar, ya que olvidan continuamente –y tú debes recordarlo siempre- que son animales y que lo que hagan sus cuerpos influye en sus almas. Es curioso que los mortales nos pinten siempre dándoles ideas, cuando, en realidad, nuestro trabajo más eficaz consiste en evitar que se les ocurran cosas.

Si esto falla, debes recurrir a una forma más sutil de desviar sus intenciones. Mientras estén pendientes del Enemigo, estamos vencidos, pero hay formas de evitar que se ocupen de Él. La más sencilla consiste en desviar su mirada de Él hacia ellos mismos. Haz que se dediquen a contemplar sus propias mentes y que traten de suscitar en ellas, por obra de su propia voluntad, *sentimientos* o *sensaciones*. Cuando se propongan solicitar caridad del Enemigo, haz que, en vez de eso empiecen a tratar de suscitar sentimientos caritativos hacia ellos mismos, y que no se den cuenta de que es eso lo que están haciendo. Si se proponen pedir valor, déjales que, en realidad, traten de sentirse valerosos. Cuando pretenden rezar para pedir perdón, déjales que traten de sentirse perdonados. Enséñales a medir el valor de cada oración por su eficacia para provocar el sentimiento deseado, y no dejes que lleguen a sospechar hasta qué punto esa clase de éxitos o fracasos depende de que estén sanos o enfermos, frescos o cansados, en ese momento.

Pero, claro está, el Enemigo no permanecerá ocioso entretanto: siempre que alguien reza, existe el peligro de que Él actúe inmediatamente, pues se muestra cínicamente indiferente hacia la dignidad de Su posición y la nuestra, en tanto que espíritus puros, y permite, de un modo realmente impúdico, que los animales humanos arrodillados lleguen a conocerse a sí mismos. Pero, incluso se Él vence su primera tentativa de desviación, todavía contamos con un arma más sutil. Los humanos no parten de una percepción directa del Enemigo como la que nosotros, desdichadamente, no podemos evitar. Nunca han experimentado esa horrible luminosidad, ese brillo abrasador e hiriente que constituye el fondo de sufrimiento permanente de nuestras vidas. Si contemplas la mente de tu paciente mientras reza, no verás *eso*; si examinas el objeto al que dirige su atención, descubrirás que se trata de un objeto compuesto y que muchos de sus ingredientes son francamente ridículos: imágenes procedentes de retratos del Enemigo tal como se apareció durante el deshonroso episodio conocido como la Encarnación; otras, más vagas, y puede que notablemente disparatadas y pueriles, asociadas a Sus otras dos Personas; puede haber, incluso, elementos de aquello que el paciente adora (y de las sensaciones físicas que lo acompañan), objetivados y atribuidos al objeto reverenciado. Sé de algún caso en el que aquello que el paciente llama ‘Dios’ estaba *localizado*, en realidad..., arriba y a la izquierda, en un rincón del techo de su dormitorio, o en su cabeza, o en un crucifijo colgado de la pared. Pero, cualquiera que sea la naturaleza del objeto compuesto, debes hacer que el paciente siga dirigiendo a *éste* sus oraciones: a aquello que él ha creado, no a la Persona que le ha creado a él. Puedes animarle, incluso, a darle mucha importancia a la corrección y al perfeccionamiento de su objeto compuesto, y a tenerlo presente en su imaginación durante toda la oración, porque si llega a hacer la distinción, si alguna vez dirige sus oraciones conscientemente ‘no a lo que yo creo que Sois, sino a lo que Sabéis que Sois, nuestra situación será, por el momento, desesperada. Una vez descartados todos sus pensamientos e imágenes, o, si los conserva, conservados reconociendo plenamente su naturaleza puramente subjetiva, cuando el hombre se confía a la Presencia real, externa e invisible que está con él allí, en la habitación, y que no puede conocer como Ella le conoce a él... bueno, entonces puede suceder cualquier cosa. Te será de ayuda, para evitar esta situación –esta verdadera desnudez del alma en la oración-, el hecho de que los humanos no la desean

tanto como suponen: ¡se pueden encontrar con más de lo que pedían!

V. Minar la fe e impedir la formación de virtudes. Lo ‘nuestro’ es la mundanidad satisfecha. La guerra y las dificultades les lleva a atender a valores y causas más elevadas que su ‘ego’.

Es un poquito decepcionante esperar un informe detallado de tu trabajo y recibir, en cambio, una tan vaga rapsodia como tu última carta. Dices que estás ‘delirante de alegría’ porque los humanos europeos han empezado otra de sus guerras. Veo muy bien lo que te ha sucedido. No estás delirante, estás sólo borracho. Leyendo entre las líneas de tu desequilibrado relato de la noche de insomnio de tu paciente, puedo reconstruir tu estado de ánimo con bastante exactitud. Por primera vez en tu carrera has probado ese vino que es la recompensa de todos nuestros esfuerzos -la angustia y el desconcierto de un alma humana-, y se te ha subido a la cabeza. Apenas puedo reprochártelo. No puedo encontrar cabezas viejas sobre hombros jóvenes. ¿Respondió el paciente a alguna de tus terroríficas visiones del futuro? ¿Le hiciste echar unas cuantas miradas autocompasivas al feliz pasado? ¿Tuvo algunos buenos escalofríos en la boca del estómago? Tocaste bien el violín, ¿no? Bien, bien, todo eso es muy natural. Pero recuerda, Orugario, que el deber debe anteponerse al placer. Si cualquier indulgencia presente para contigo mismo conduce a la pérdida final de la presa, te quedarás eternamente sediento de esa bebida de la que tanto estás disfrutando ahora tu primer sorbo. Si, por el contrario, mediante una aplicación constante y serena, aquí y ahora, logras finalmente hacerte con su alma, entonces será tuyo para siempre: un cáliz viviente y lleno hasta el borde de desesperación, horror y asombro, al que puedes llevar los labios tan a menudo como te plazca. Así que no permitas que ninguna excitación temporal te distraiga del verdadero asunto de minar la fe e impedir la formación de virtudes. Dame, sin falta, en tu próxima carta, una relación completa de las reacciones de tu paciente ante la guerra, para que podamos estudiar si es más probable que hagas más bien haciendo de él un patriota extremado o un ardiente pacifista. Hay todo tipo de posibilidades. Mientras tanto, debo advertirte que no esperes demasiado de una guerra.

Por supuesto, una guerra es entretenida. El temor y los sufrimientos inmediatos de los humanos son un legítimo y agradable refresco para nuestras miradas de afanosos trabajadores. Pero ¿qué beneficio permanente nos reporta, si no hacemos uso de ello para traerle almas a Nuestro Padre de las Profundidades? Cuando veo el sufrimiento temporal de los humanos que al final se nos escapan, me siento como si me hubiese permitido probar el primer plato de un espléndido banquete y luego se me hubiese denegado el resto. Es peor que no haberlo probado. El Enemigo, fiel a Sus bárbaros métodos de combate, nos permite contemplar la breve desdicha de Sus Favoritos sólo para tontalizarnos y atormentarnos... para mofarse del hambre insaciable que, durante la fase actual del gran conflicto, Su bloqueo nos está imponiendo. Pensemos, pues, más bien cómo usar que cómo disfrutar esta guerra europea. Porque tiene ciertas tendencias inherentes que, por sí mismas, no nos son nada favorables. Podemos esperar una buena cantidad de crueldad y falta de castidad. Pero, si no tenemos cuidado, veremos a millares volviéndose, en su tribulación, hacia el Enemigo, mientras decenas de miles que no llegan a tanto ven su atención, sin embargo, desviada de sí mismos hacia valores y causas que creen más elevadas que su ‘ego’. Sé que el Enemigo, desaprueba muchas de esas causas. Pero ahí es donde es tan injusto. A veces premia a humanos que han dado su vida por causas que Él encuentra malas, con la excusa monstruosamente sofista de que los humanos creían que eran buenas y estaban haciendo lo que creían mejor. Piensa también qué muertes tan indeseables se producen en tiempos de guerra... ¡Cuánto mejor para nosotros si *todos* los humanos muriesen en costosos sanatorios, entre doctores que mienten, enfermeras que mienten, amigos que mienten, tal y como les hemos enseñado, prometiendo vida a los agonizantes, estimulando la creencia de que la

enfermedad excusa toda indulgencia e incluso, si los trabajadores saben hacer su tarea, omitiendo toda alusión a un sacerdote, no sea que revelase al enfermo su verdadero estado! Y cuán desastroso es para nosotros el continuo acordarse de la muerte a que obliga la guerra. Una de nuestras mejores armas, la mundanidad satisfecha, queda inutilizada. En tiempo de guerra, ni siquiera un humano puede creer que va a vivir para siempre.

Sé que Escarábol y otros han visto en las guerras una gran ocasión para atacar a la fe, pero creo que este punto de vista es exagerado. A los partidarios humanos del Enemigo, Él mismo les ha dicho claramente que el sufrimiento es una parte esencial de lo que Él llama Redención; así que una fe que es destruida por una guerra o una peste no puede haber sido realmente merecedora del esfuerzo de destruirla. Estoy hablando ahora del sufrimiento difuso a lo largo de un periodo prolongado como el que la guerra producirá. Por supuesto, en el preciso momento de terror, aflicción o dolor físico, puedes coger a tu hombre cuando su razón está temporalmente suspendida. Pero incluso entonces, si pide ayuda al cuartel general del Enemigo, he descubierto que el puesto está casi siempre defendido.

VI. Dirige su malicia a los vecinos y su benevolencia a los lejanos. Tres círculos: el más interior su voluntad (corazón), el siguiente la inteligencia, por último la imaginación: empujar las virtudes hacia fuera.

Me encanta saber que la edad y profesión de tu cliente hacen posible, pero en modo alguno seguro, que sea llamado al servicio militar. Nos conviene que esté en la máxima incertidumbre, para que su mente se llene de visiones contradictorias del futuro, cada una de las cuales suscita esperanza o temor. No hay nada como el ‘suspense’ y la ansiedad para parapetar el alma de un humano contra el Enemigo. Él quiere que los hombres se preocupen de lo que hacen; nuestro trabajo consiste en tenerles pensando qué les pasará.

Tu paciente habrá aceptado, por supuesto, la idea de que debe someterse con paciencia a la voluntad del Enemigo. Lo que el Enemigo quiere decir con esto es, ante todo, que debería aceptar con paciencia la tribulación que le ha caído en suerte: el ‘suspense’ y la ansiedad actuales. Es por *esto* por lo que debe decir: ‘Hágase tu voluntad’, y para la tarea cotidiana de soportar *esto* se le dará el pan cotidiano. Es asunto tuyo procurar que el paciente nunca piense en el temor presente como en su cruz, sino sólo en las cosas de las que tiene miedo. Déjale considerarlas sus cruces: déjale olvidar que, puesto que son incompatibles, no pueden sucederle todas ellas, y déjale tratar de practicar la fortaleza y la paciencia ante ellas por anticipado. Porque la verdadera resignación, al mismo tiempo, ante una docena de diferentes e hipotéticos destinos, es casi imposible, y el enemigo no ayuda demasiado a aquellos que tratan de alcanzarla: la resignación ante el sufrimiento presente y real, incluso cuando ese sufrimiento consiste en tener miedo, es mucho más fácil, y suele recibir la ayuda de esta acción directa.

Aquí actúa una importante ley espiritual. Te he explicado que puedes debilitar sus oraciones desviando su atención del Enemigo mismo a sus propios estados de ánimo con respecto al Enemigo. Por otra parte, resulta más fácil dominar el miedo cuando la mente del paciente es desviada de la cosa temida al temor mismo, considerado como un estado actual e indeseable de su propia mente; y cuando considere el miedo como la cruz que le sido asignada, pensará en él, inevitablemente, como en un estado de ánimo. Se puede, en consecuencia, formular la siguiente regla general: en todas las actividades del pensamiento que favorezcan nuestra causa, estimula al paciente a ser inconsciente de sí mismo y a concentrarse en el objeto, pero en todas las actividades favorables al Enemigo haz que su mente se vuelva hacia sí mismo. Deja que el insulto o el cuerpo de una mujer fijen hacia fuera su atención hasta el punto en que no reflexione: ‘Estoy entrando ahora en el estado llamado Ira... o el estado llamado Lujuria. Por el contrario, deja que la reflexión: ‘Mis sentimientos se están haciendo más

devotos, o más caritativos' fije su atención hacia dentro hasta el punto que ya no mire más allá de sí mismo para ver a nuestro Enemigo o a sus propios vecinos.

En lo que respecta a su actitud más general ante la guerra, no debes contar demasiado con esos sentimientos de odio que los humanos son tan aficionados a discutir en periódicos cristianos o anticristianos. En su angustia, el paciente puede, claro está, ser incitado a vengarse por algunos sentimientos vengativos dirigidos hacia los gobernantes alemanes, y eso es bueno hasta cierto punto. Pero suele ser una especie de odio melodramático o mítico, dirigido hacia cabezas de turco imaginarias. Nunca he conocido a estas personas en la vida real; son maniqués modelados en lo que dicen los periódicos. Los resultados de este odio fantástico son a menudo muy decepcionantes, y de todos los humanos, los ingleses son, en este aspecto, los más deplorables mariquitas. Son criaturas de esa miserable clase que ostentadamente proclama que la tortura es demasiado buena para sus enemigos, y luego le dan té y cigarrillos al primer piloto alemán herido que aparece en su puerta trasera.

Hagas lo que hagas, habrá cierta benevolencia, al igual que cierta malicia, en el alma de tu paciente. Lo bueno es dirigir la malicia a sus vecinos inmediatos, a los que ve todos los días, y proyectar su benevolencia a la circunferencia remota, a gente que no conoce. Así, la malicia se hace totalmente real y la benevolencia en gran parte imaginaria. No sirve de nada inflamar su odio hacia los alemanes si, al mismo tiempo, un pernicioso hábito de caridad está desarrollándose entre él y su madre, su patrón, y el hombre que conoce en el tren. Piensa en tu hombre como una especie de círculos concéntricos, de los que el más interior es su voluntad (su corazón), después su intelecto y finalmente su imaginación. Difícilmente puedes esperar, al instante, excluir de todos los círculos todo lo que huele al Enemigo; pero debes estar empujando constantemente todas las virtudes hacia fuera, hasta que estén finalmente situadas en el círculo de la imaginación, y todas las cualidades deseables hacia dentro, hacia el círculo de la voluntad. Sólo en la medida que alcancen la voluntad y se conviertan en costumbres nos son fatales las virtudes. (No me refiero, por supuesto, a lo que el paciente confunde con su voluntad, la furia y el apuro conscientes de las decisiones y los dientes apretados, sino el verdadero centro, lo que el Enemigo llama el corazón.) Todo tipo de virtudes pintadas en la imaginación o aprobadas por el intelecto, o, incluso, en cierta medida, amadas y admiradas, no dejarán a un hombre fuera de la casa de Nuestro Padre: de hecho, pueden hacerle más divertido cuando llegue a ella.

VII. Si los hombres no creen en nosotros, no podemos hacer brujos, pero sí materialistas y escépticos. Mitologizar la ciencia: la 'Fuerza vital', la adoración al sexo. Hacerlo un extremado patriota o un extremado pacifista: todos los extremos deben ser estimulados. Que la religión se convierta en meramente parte de la 'Causa': hacer del mundo un fin y de la fe un medio.

Me asombra que me preguntes si es esencial mantener al paciente ignorante de tu propia existencia. Esa pregunta, al menos durante la fase actual del combate, ha sido contestada para nosotros por el Alto Mando. Nuestra política, por el momento, es la de ocultarnos. Por supuesto, no siempre ha sido así. Nos encontramos, realmente, ante un cruel dilema. Cuando los humanos no creen en nuestra existencia perdemos todos los agradables resultados del terrorismo directo, y no hacemos brujos. Por otra parte, cuando creen en nosotros, no podemos hacerles materialistas y escépticos. Al menos no todavía. Tengo grandes esperanzas de que aprendamos con el tiempo, a emotivizar y mitologizar su ciencia hasta tal punto que lo que es, en efecto, una creencia en nosotros (aunque no con ese nombre) se infiltrará en ellos mientras la mente humana permanece cerrada a la creencia en el Enemigo. La 'Fuerza Vital',

la adoración al sexo y algunos aspectos del Psicoanálisis pueden resultar útiles en este sentido. Si alguna vez llegamos a producir nuestra obra perfecta –el Brujo Materialista, el hombre que no usa sino meramente adora, lo que vagamente llama ‘fuerzas’ al mismo tiempo que niega la existencia de ‘espíritus’- entonces el fin de la guerra estará a la vista. Pero mientras tanto, debemos obedecer nuestras órdenes. No creo que tengas mucha dificultad en mantener a tu paciente en la ignorancia. El hecho de que los ‘diablos’ sean predominantemente figuras *cómicas* en la imaginación moderna te ayudará. Si la más leve sospecha de tu existencia empieza a surgir en su mente, insinúales una imagen de algo con mallas rojas, y persuádele de que, puesto que no puede creer en eso (es un viejo método del libro de texto de confundirles), no puede, en consecuencia, creer en ti.

No había olvidado mi promesa de estudiar si deberíamos hacer del paciente un patriota extremado o un extremado pacifista. Todos los extremos, excepto la extrema devoción al Enemigo, deben ser estimulados. No siempre, claro; pero sí en esta etapa. Algunas épocas son templadas y complacientes, y entonces nuestra misión consiste en adormecerlas más aún. Otras épocas, como la actual son desequilibradas e inclinadas a dividirse en facciones, y nuestra tarea es inflamarlas. Cualquier pequeña capillita, unida por algún interés que otros hombres detestan o ignoran, tiende a desarrollarlas en su interior una encendida admiración mutua, y hacia el mundo exterior una gran cantidad de orgullo y odio, que es mantenida sin vergüenza porque la ‘Causa’ es su patrocinadora y se piensa que es impersonal. Hasta cuando el pequeño grupo está al servicio de los planes del Enemigo, esto es cierto. Queremos que la Iglesia sea pequeña no sólo para que menos hombres puedan conocer al Enemigo, sino también para que aquellos que lo *hagan* puedan adquirir la incómoda intensidad y la virtuosidad defensiva de una secta secreta o de una ‘clique’. La Iglesia misma está, por supuesto, muy defendida y nunca hemos logrado completamente darle *todas* las características de una facción; pero algunas facciones subordinadas, dentro de ella, han dado a menudo grandes resultados, desde los partidos de Pablo y de Apolo en Corinto hasta los partidos Alto y Bajo dentro de la Iglesia Anglicana.

Si tu paciente puede ser inducido a convertirse en un objetor de conciencia, se encontrará inmediatamente un miembro de una sociedad pequeña, chillona, organizada e impopular, y el efecto de esto, en uno tan nuevo en la Cristiandad, será casi con toda seguridad bueno. Pero sólo *casi* con seguridad. ¿Tuvo dudas serias acerca de la licitud de servir en una guerra justa antes de empezarse esta guerra? ¿Es un hombre de gran valor físico, tan grande que no tendrá dudas simiconscientes acerca de los verdaderos motivos de su pacifismo? Si es ese tipo de hombre, su pacifismo no nos servirá seguramente de mucho, y el Enemigo probablemente le protegerá de las habituales consecuencias de pertenecer a una secta. Tu mejor plan, en ese caso, sería procurar una repentina y confusa crisis emotiva de la que pudiera salir como un incómodo converso al patriotismo. Tales cosas pueden conseguirse a menudo. Pero si es el hombre que creo, prueba con el pacifismo.

Adopte lo que sea, tu principal misión será la misma. Déjale empezar a considerar el patriotismo o el pacifismo como parte de su religión. Déjale después bajo el influjo de un espíritu partidista, llegar a considerarlo la parte más importante. Luego, suave y gradualmente, guíale hasta la fase en la que la religión se convierte en meramente parte de la ‘Causa’, en la que el cristianismo se valora primordialmente a causa de las excelentes razones a favor del esfuerzo bélico inglés o del pacifismo que puede suministrar... Una vez que hayas hecho del mundo su fin y de la fe un medio, ya casi has vencido a tu hombre, e importa poco qué clase de fin mundano persiga. Con tal que los mítines, panfletos, políticas, movimientos, causas y cruzadas le importe más que las oraciones, los sacramentos y la caridad, será nuestro; y cuanto más ‘religioso’ (en este sentido) más seguramente nuestro...

VIII. LA PRUEBA. Dios no puede tentar a la virtud, nosotros sí tentamos al vicio. Dios

quiere que aprendan a andar.

[Dios] Está dispuesto a dominar un poco al principio. Las pondrá en marcha con comunicaciones de Su presencia que, aunque tenues, les parecen grandes, con dulzura emotiva, y con fáciles victorias sobre la tentación. Pero Él nunca permite que este estado de cosas se prolongue. Antes o después retira, si no de hecho, sí al menos de su experiencia consciente, todos esos apoyos e incentivos. Deja que la criatura se mantenga sobre sus propias piernas, para cumplir, sólo a fuerza de voluntad, deberes que han perdido todo sabor. En estos periodos de bajas, mucho más en los periodos de altos, cuando se está convirtiendo en el tipo de criatura que Él quiere que sea. De ahí que las oraciones ofrecidas en estado de sequía sean las que más le agradan... Él no puede ‘tentar’ a la virtud como nosotros al vicio. Él quiere que aprendan a andar y debe, por tanto, retirar Su mano; y sólo con que de verdad exista en ellos la voluntad de andar, se siente complacido hasta por sus tropezones. No te engañes, Orugario. Nuestra causa nunca está tan en peligro como cuando un humano, que ya no desea, pero todavía se propone hacer la voluntad de nuestro Enemigo, contempla un universo del que toda traza de Él parece haber desaparecido, y se pregunta por qué ha sido abandonado, y todavía obedece.

XII. LO DISTRACTIVO. No se debe permitir sospechar que está alejándose de Dios. Que no llegue a arrepentirse de un pecado concreto. Distráer con cualquier cosa.

(El alejamiento del Enemigo); pero hay que hacer que él se imagine que todas las decisiones que han producido este cambio de trayectoria son triviales y revocables... (Que no sospeche que se está alejando del ‘sol’).

...casi celebro que todavía va a misa y comulga... con tal de que no llegue a darse cuenta de hasta qué punto ha roto con los primeros meses de su vida cristiana... mientras piensa eso, no tendremos que luchar con el arrepentimiento de un pecado definido y plenamente reconocido, sino con una vaga sensación de que no se ha portado muy bien últimamente.

... Si se permite que tal sensación subsista pero no que se haga irresistible y florezca en un verdadero arrepentimiento, tiene una invaluable tendencia: aumenta la resistencia del paciente a pensar en el Enemigo... En tal estado tu paciente no sólo omitirá sus deberes religiosos, sino que le desagradarán cada vez más... y se olvidará de ellos una vez cumplidos, tan pronto como pueda... Su intención será la de ‘dejar la fiesta en paz’.

... descubrirás que cualquier cosa, o incluso ninguna, es suficiente para atraer su atención errante... Puedes lograr que no haga absolutamente nada durante periodos prolongados... de tal forma que pueda acabar diciendo como dijo al llegar aquí abajo uno de mis pacientes: ‘Ahora veo que he dejado pasar la mayor parte de mi vida sin hacer *ni* lo que debía, *ni* lo que me apetecía’. Los cristianos describen al Enemigo como aquel ‘sin quien nada es *fuerte*’. Y la Nada es muy fuerte: lo suficiente como para privar a un hombre de sus mejores años... en una mortecina vacilación de la mente sobre no sabe qué ni por qué...

... lo único que de verdad importa es en qué medida apartas al hombre del Enemigo... empujar al hombre lejos de la Luz y hacia el interior de la Nada. El asesinato no es mejor que la baraja, si la baraja es suficiente para alcanzar este fin... **ALTA AUTOESTIMA ?**

XIII. [Ignacio y sus lecturas. Lo ‘distractivo’]... “permitiste que leyera un libro del que realmente disfrutaba” e “ir ... a un paseo que le gusta”. Cinco minutos de dolor de muelas dan al traste de cualquier dolor romántico, y el placer real con la vanidad, la ironía, el tedio.

Cuando Dios les dice que ‘pierdan su yo’ les devuelve toda su personalidad. Cuando sean completamente Suyos serán más plenamente ellos mismos. Si tiene inclinación, que escriba un libro sobre él, pero que no actúe. Mantener su piedad fuera de su voluntad: en su imaginación y sus afectos.

... un arrepentimiento y una renovación de lo que el otro llama ‘gracia’ de la magnitud que tú mismo describes, suponen una derrota de primer orden...

... vemos tus errores. En primer lugar según tú mismo dices, permitiste que tu paciente leyera un libro del que realmente disfrutaba, no para que hiciera comentarios ingeniosos a costa de él ante sus nuevos amigos, sino meramente porque disfrutaba de ese libro. En segundo lugar, le permitiste andar hasta el viejo molino y tomar allí el té: un paseo por un campo que realmente le gusta, y encima a solas. En otras palabras: le permitiste dos auténticos placeres positivos... Lo característico de las penas y de los placeres es que son inequívocamente reales y, en consecuencia, mientras duran, le proporcionan al hombre un patrón de realidad. [No trates de condenar] por el método romántico... cinco minutos de auténtico dolor de muelas revelarán la tontería que eran sus sufrimientos románticos, y desenmascararían toda tu estrategia. Pero estabas intentando hacer que tu paciente se condenase por el Mundo, esto es, haciéndole aceptar como placeres la vanidad, el ajeteo, la ironía y el tedio costoso. ¿Cómo puedes no haberte dado cuenta de que un placer *real* era lo último que debías permitirle? ¿No previste que... acabaría con todos los oropeles que tan trabajosamente le has estado enseñando a apreciar? ¿Y que el tipo de placer que le dieron el libro y el paseo es el más peligroso de todos? ¿Qué le arrancaría la especie de costra que has ido formando sobre su sensibilidad, y le haría sentir que está regresando a su hogar recobrándose a sí mismo? Como un paso previo para separarle del Enemigo, querías apartarle de sí mismo... Ahora, todo esto está perdido. Sé, naturalmente, que el Enemigo también quiere apartar de sí mismos a los hombres, pero en otro sentido... Cuando Él habla de que pierdan su ‘yo’, se refiere tan sólo a que abandonen el clamor de su propia voluntad. Una vez hecho esto, Él les devuelve realmente toda su personalidad, y pretendo (me temo que sinceramente) que cuando sean completamente suyos, serán más ‘ellos mismos’ que nunca... Los gustos y las inclinaciones más profundos de un hombre constituyen la materia prima, el punto de partida que el Enemigo le ha proporcionado. Alejar al hombre de ese punto de partida es, siempre, pues, un tanto a nuestro favor; incluso en cuestiones indiferentes... siempre es conveniente sustituir los gustos y las aversiones auténticas de un humano por los patrones mundanos, o la convención, o la moda. ...; el hombre que verdadera y desinteresadamente disfruta de algo, por ello mismo, y sin importarle un comino lo que digan los demás, está protegido por eso mismo, contra alguno de nuestros métodos de ataque más sutiles. Debes tratar de hacer siempre que el paciente abandone la gente, la comida o los libros que le gustan de verdad, y que los sustituya por la ‘mejor’ gente, la comida ‘adecuada’ o los libros ‘importantes’...

Falta considerar de qué forma podemos resarcirnos de este desastre. Lo mejor es impedir que haga cualquier cosa... Déjale, si tiene alguna inclinación en este sentido, que escriba un libro sobre él; suele ser una manera excelente de esterilizar las semillas que el Enemigo planta en el alma humana. Déjale hacer lo que sea, menos actuar. Ninguna cantidad, por grande que sea, de piedad en su imaginación y en sus afectos nos perjudicará, si logramos mantenerla fuera de su voluntad. Como dijo uno de los humanos, los hábitos activos se refuerzan por la repetición, pero los pasivos se debilitan. Cuanto más a menudo sienta sin actuar, menos capaz será de llegar a actuar alguna vez, y, a la larga, menos capaz será de sentir.

XIV. Regla 5ª Gaston Fessard . Y DE LA HUMILDAD A TODAS LAS VIRTUDES (EE

146) “ANDAR EN VERDAD”. “¡Caramba, estoy siendo humilde!”... inmediatamente el orgullo aparecerá. Con la humildad quiere Dios apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él y hacia los vecinos. Dios quiere que el hombre esté contento de lo que ha hecho como si lo hubiese hecho otro.

Lo más alarmante del último informe sobre el paciente es que no está tomando ninguna de aquellas confiadas resoluciones que señalaron su conversión original. Ya no hay espléndidas promesas de perpetua virtud, deduzco; ¡ni siquiera la expectativa de una concesión de la ‘gracia’ para toda la vida, sino sólo una esperanza de que se le dé el alimento diario y horario para enfrentarse con las diarias y horarias tentaciones! Esto es muy malo.

... Tu paciente se ha hecho humilde: ¿le has llamado la atención sobre este hecho? Todas las virtudes son menos formidables para nosotros una vez que el hombre es consciente de que las tiene, pero esto es particularmente cierto de la humildad. Cógele en el momento en que sea realmente pobre de espíritu, y métele de contrabando en la cabeza la gratificadora reflexión: ‘¡Caramba, estoy siendo humilde!’, y casi inmediatamente el orgullo –orgullo de su humildad– aparecerá. Si se percata de este peligro trata de ahogar esta nueva forma de orgullo, hazle sentirse orgulloso de su intento y así tantas veces como te plazca. Pero no intentes esto durante demasiado tiempo, no vayas a despertar su sentido del humor y de las proporciones, en cuyo caso simplemente se reirá de ti y se irá a la cama.

Pero hay otras formas aprovechables de fijar su atención en la virtud de la humildad. Con esta virtud, como con todas las demás, nuestro Enemigo quiere apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él, y hacia los vecinos del hombre. Todo el abatimiento y el auto-odio están diseñados, a la larga, sólo para este fin; a menos que alcancen este fin, nos hacen poco daño, e incluso pueden beneficiarnos si mantienen al hombre preocupado consigo mismo; sobre todo, su autodesprecio puede convertirse en el punto de partida el desprecio a los demás y, por tanto, del pesimismo, del cinismo y de la crueldad.

En consecuencia, debes ocultarle al paciente la verdadera finalidad de la humildad. Déjale pensar que es, no olvido de sí mismo, sino una especie de opinión (de hecho, una mala opinión) acerca de sus propios talentos y carácter. Algún talento, supongo tendrá realmente. Fija en su mente la idea de que la humildad consiste en tratar de creer que esos talentos son menos valiosos de lo que él cree, pero no es esa la cuestión. Lo mejor es hacerle valorar una opinión por alguna cualidad diferente de la verdad, introduciendo así un elemento de deshonestidad y simulación en el corazón de lo que, de otro modo, amenaza con convertirse en una virtud. Por este método a miles de humanos se les ha hecho pensar que la humildad significa mujeres bonitas tratando de creer que son feas y hombres inteligentes tratando de creer que son tontos... [así] tenemos la ocasión de mantener su mente ando continuamente vueltas alrededor de sí mismos, en un esfuerzo por lograr lo imposible... El Enemigo quiere conducir al hombre a un estado de ánimo en el que podría diseñar la mejor catedral del mundo y saber que es la mejor, y alegrarse de ello, sin estar más (o menos) o de otra manera contento de haberlo hecho él que si lo hubiese hecho otro. El Enemigo quiere, finalmente, que esté tan libre de cualquier prejuicio a su propio favor que pueda alegrarse de sus propios talentos tan franca y agradecidamente como de los talentos de su prójimo... de un amanecer... Quiere que cada hombre, a la larga, sea capaz de reconocer a todas las criaturas (incluso a sí mismo) como cosas gloriosas y excelentes. Él quiere matar su propio amor animal tan pronto como sea posible; pero Su política a largo plazo es, me timo, de volverles una especie de amor propio: una caridad y gratitud a todos los seres, incluidos ellos mismos, les será permitido amarse a sí mismos como a sus prójimos. Porque nunca debemos olvidar el que es el rasgo más repelente e inexplicable de nuestro Enemigo: Él *realmente* ama a los bípedos sin pelo que

él ha creado...

Todo su esfuerzo, en consecuencia, tenderá a apartar totalmente del pensamiento del hombre el tema de su propio valor. Preferiría que el hombre se considerase un gran arquitecto... y luego se olvidase... Pero siempre y por todos los medios, el propósito del Enemigo será apartar el pensamiento del paciente de tales cuestiones, y el tuyo consistirá en fijarlo a ellas. Ni siquiera quiere el Enemigo que piense demasiado en sus pecados: una vez que está arrepentido, cuanto antes vuelva el hombre su atención hacia fuera, más complacido se siente el Enemigo.

XV. EL TIEMPO. Dios quiere que los hombres atiendan a la eternidad y al presente. En el presente, el tiempo coincide con la eternidad. Nuestra tarea alejarles de la eternidad y el presente para hacerles vivir el futuro (más que el pasado). El futuro, el corazón de la temporalidad: enciende la esperanza y el temor. Casi todos los vicios miran al futuro, la gratitud al pasado y el amor al presente. Dios quiere que miremos al futuro para planificar el presente: el deber está en el presente. Nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro.

[La guerra]... Tanto el temor torturado como la estúpida confianza son estados de ánimo deseables...

Los humanos viven en el tiempo, pero nuestro Enemigo les destina a la Eternidad. Él quiere, por tanto, creo yo, que atiendan principalmente dos cosas: a la eternidad misma y a ese punto del tiempo que llaman presente. Porque el presente es el punto en que el tiempo coincide con la eternidad. Del momento presente, y sólo de él, los humanos tienen una experiencia análoga a la que nuestro Enemigo tiene de la realidad como un Todo: sólo en el presente la libertad y la realidad le son ofrecidas. En consecuencia, Él tendría continuamente preocupados por la eternidad (lo que equivale a preocupados por Él) o por el presente; o meditando acerca de su perpetua unión con, o separación de Él, o si no obedeciendo la presente voz de la conciencia, soportando la cruz presente, recibiendo la gracia presente, dando gracias por el placer presente.

Nuestra tarea consiste en alejarlos de lo eterno y del presente... a veces tentamos a un humano (pongamos una viuda o un erudito) a vivir en el pasado. Pero esto tiene un valor limitado, porque poseen algunos conocimientos reales sobre el pasado, y porque el pasado tiene una naturaleza determinada, y, en eso se parece a la eternidad. Es mucho mejor hacerles vivir en el futuro. La necesidad biológica hace que todas sus pasiones apunten ya en esa dirección, así que pensar en el futuro enciende la esperanza y el temor. Además, les es desconocido, de forma que al hacerles pensar en el futuro les hacemos pensar en cosas irreales. En una palabra, el futuro es, de todas las cosas, la menos parecida a la eternidad. Es la parte más completamente temporal del tiempo, porque el pasado está petrificado y ya no fluye, y el presente está totalmente iluminado por los rayos eternos. E ahí el impulso que hemos dado a esquemas mentales como la Evolución Creativa, el Humanismo Científico, o el Comunismo, que fijan los efectos del hombre en el futuro, en el corazón mismo de la temporalidad. De ahí que todos los vicios tengan sus raíces en el futuro. La gratitud mira al pasado y el amor al presente; el miedo, la avaricia, la lujuria y la ambición miran hacia delante. No creas que la lujuria es una excepción. Cuando llega el placer presente, el pecado (que es lo único que interesa) ya ha pasado. El placer es la única parte del proceso que lamentamos y que excluiríamos si pudiésemos hacerlo sin perder el pecado; es la parte que aporta el Enemigo, y por tanto, experimentada en el presente. El pecado, que es nuestra contribución, miraba hacia

delante.

Desde luego, el Enemigo quiere que los hombres piensen también en el futuro: pero sólo en la medida en que sea necesario para planear *ahora* los actos de justicia o caridad que serán probablemente su deber mañana. El deber de planear el trabajo del día siguiente es el deber de *hoy*, aunque su material está tomado prestado del futuro, el deber, como todos los deberes, está en el presente... Él no quiere que los hombres le den al futuro sus corazones, ni que pongan en él su tesoro. Nosotros, sí. Su ideal es un hombre que, después de haber trabajado todo el día por el bien de la posteridad (si esa es su vocación), lava su mente de todo el tema, encomienda el resultado al Cielo, y vuelve al instante a la paciencia o gratitud que exige el momento que está atravesando. Pero nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro: hechizado por visiones de un Cielo o un infierno inminente en la tierra –dispuesto a violar los mandamientos del Enemigo en el presente si le hacemos creer que, haciéndolo, puede alcanzar el Cielo o el infierno-, que dependen para su fe del éxito o fracaso de planes cuyo fin no vivirá para ver...

... es mejor que tu paciente esté lleno de inquietud o de esperanza (no importa mucho cuál de ellas) acerca de esta vida que el que viva en el presente. Pero la frase ‘vivir el presente’ es ambigua: puede describir un proceder que, en realidad, está tan pendiente del futuro como la ansiedad misma; tu hombre puede no preocuparse por el futuro, no porque le importe el presente, sino porque se ha autoconvencido de que el futuro va a ser, y mientras sea ésta la verdadera causa de su tranquilidad, tal tranquilidad nos será propicia, pues no hará otra cosa que amontonar más decepciones, y por tanto más impaciencia, cuando sus infundadas esperanzas se desvanezcan. Si, por el contrario, es consciente de que le pueden esperar cosas horribles, y reza para pedir las virtudes necesarias para enfrentarse con tales horrores, y entretanto se ocupa del presente porque en éste, y sólo en éste, residen todos los deberes, toda la gracia, toda la sabiduría y todo el placer, su estado es enormemente indeseable y debe ser atacado al instante...

XVI. ROMANOS 14. Si no puedes evitar que vaya a la iglesia, que recorra toda la ciudad en busca de la que le va. La parroquia, unión de diferentes. De lo contrario se cae en el club, en la facción. Una iglesia ‘conveniente’ hace al hombre crítico, no discípulo. Dos ejemplos de párrocos: uno se ha dedicado a aguar la fe para hacerla más accesible; el otro un día es comunista y el otro fascista teocrático. Además ambas iglesias son de partido.

... si a un hombre no se le puede curar de la manía de ir a la iglesia, lo mejor que se puede hacer es enviarle a recorrer todo el barrio en busca de la iglesia que ‘le va’, hasta que se convierta en un catador... de iglesia.

Las razones de esto son obvias. En primer lugar, y no de gustos, agrupa a personas de diferentes clases y psicologías en el tipo de unión que el Enemigo desea. El principio de la congregación (¿el grupo cerrado?), en cambio, hace de cada iglesia una especie de club, y, finalmente, si todo va bien, en grupúsculo o facción. En segundo lugar, la búsqueda de una iglesia ‘conveniente’ hace del hombre un crítico, cuando el Enemigo quiere que sea un discípulo. Lo que Él quiere del laico en la iglesia es una actitud que puede, de hecho, ser crítica, en tanto que puede rechazar lo que sea falso o inútil, pero que es totalmente acrítica en tanto que no valora: no pierde el tiempo en pensar en lo que rechaza, sino que se abre en humilde y muda receptividad a cualquier alimento que se le dé. (...) Esta actitud, sobre todo en los sermones, a lugar a una disposición (extremadamente hostil a toda nuestra política) en que los tópicos calan realmente en el alma humana. Apenas hay un sermón o un libro, que no

pueda ser peligroso para nosotros, si se recibe en este estado de ánimo...

... las dos iglesias que le caen más cerca... tiene ciertas ventajas. En la primera de ellas, el vicario es un hombre que lleva tanto tiempo dedicado a aguar la fe, para hacérsela aseQUIBLE a una congregación supuestamente incrédula y testaruda, que es él el quien ahora escandaliza a los parroquianos con su falta de fe, y no al revés: ha primado el cristianismo de muchas almas. Su forma de llevar los servicios es también admirable: con el fin de ahorrarles a los laicos todas las ‘dificultades’, ha abandonado tanto el leccionario como los salmos fijados para cada ocasión, y ahora, sin darse cuenta, gira eternamente en torno al pequeño molino de sus quince salmos y sus veinte lecciones favoritas. Así estamos a salvo del peligro de que pueda llegarle de las Escrituras cualquier verdad que no le resulte ya familiar tanto a él como a su rebaño. Pero tu paciente no sea lo bastante tonto como para ir a esta iglesia.

En la otra tenemos al P. Spike. A los humanos les cuesta trabajo comprender la variedad de sus opiniones: un día es casi comunista, y al día siguiente no está lejos de alguna especie de fascismo teocrático; un día es escolástico, y al día siguiente está casi dispuesto a negar por completo la razón humana; un día está inmerso en la política, y al día siguiente declara que todos los estados de este mundo están ‘*igualmente* en espera de juicio’. Por supuesto, nosotros sí vemos el hilo que lo conecta todo, que es el odio. El hombre no puede resignarse a predicar nada que no esté calculado para escandalizar, ofender, desconcertar o humillar a sus padres y sus amigos. Un sermón que tales personas pudiesen aceptar sería, para él, tan insípido como un poema que fuesen capaces de medir. Hay también una prometedora veta de deshonestidad en él: le estamos enseñando a decir ‘el magisterio de la Iglesia’ cuando en realidad quiere decir ‘estoy casi seguro de que hace poco leí en un libro de Maritain o alguien parecido...’ Pero debo decirte que tiene un defecto fatal: cree de verdad. Y esto puede echarlo todo a perder.

Pero estas dos iglesias tienen en común un buen punto: ambas son de partido. Creo que ya te he advertido antes que si no se puede mantener a tu paciente apartado de la Iglesia, al menos debiera estar violentamente implicado en algún partido dentro de ella. No me refiero a verdaderas cuestiones doctrinales; con respecto a éstas, cuanto más tibio sea, mejor. (Y no es tanto cuestión de doctrinas), lo divertido es hacer que se odien aquellos que dicen ‘misa’ y los que dicen ‘santa comunión’, cuando ninguno de los dos bandos podría decir qué diferencia hay... Todo lo realmente indiferente –cirios, vestimenta, qué sé yo- es una excelente base para nuestras actividades. Hemos hecho que los hombres olviden por completo lo que aquel apuesto, Pablo, solía enseñar acerca de las comidas y otras cosas sin importancia: es decir, que el humano sin escrúpulos debiera ceder siempre ante el hermano escrupuloso...

XVIII. LA SEXUALIDAD HUMANA. El ‘estar enamorados’ como la única base respetable del matrimonio. Si no se da, deja de ser vinculante. Para nosotros “ser” significa “ser compitiendo”. Para Dios, las cosas deben ser muchas, pero también, de algún modo, una: Amor. (Trinidad) (La familia: “serán una sola carne”). La fidelidad como algo inferior a una tempestad emocional.

... la técnica rutinaria de la tentación sexual.

Lo que el Enemigo exige de los humanos adopta la forma de un dilema: o completa abstinencia o monogamia sin paliativos. Desde la primera gran victoria de Nuestro Padre, les hemos hecho muy difícil la primera. Y llevamos unos cuantos siglos cerrando la segunda como vía de escape. Esto lo hemos conseguido por medio de los poetas y novelistas, convenciendo a los humanos de que una curiosa, y generalmente efímera experiencia que

ellos llaman ‘estar enamorados’ es la única base respetable del matrimonio; de que el matrimonio puede, y debe, hacer permanente este entusiasmo; y de que un matrimonio que no lo consigue deja de ser vinculante. Esta idea es una parodia de una idea del Enemigo.

Toda la filosofía del infierno descansa en la admisión el axioma de que una cosa no es otra cosa y, en especial, de que un ser no es otro ser. Mi bien es un bien, y tu bien es el tuyo. Lo que gana uno, otro lo pierde...

La filosofía del Enemigo no es más ni menos que un continuo intento de eludir esta verdad evidente. Su meta es la contradicción. Las cosas han de ser muchas, pero también, de algún modo, sólo una. A esta imposibilidad Él le llama *Amor*, y esta misma monótona panacea puede detectarse bajo todo lo que Él hace e incluso todo lo que Él es o pretende ser. De este modo, Él no está satisfecho, ni siquiera Él mismo, con ser una mera unidad aritmética; pretende ser tres al mismo tiempo que uno, con el fin de que esta tontería del Amor pueda encontrar un punto de apoyo en Su propia naturaleza. Al otro extremo de la escala, Él introduce en la materia ese indecente invento que es el organismo, en el que las partes se ven pervertidas de su natural destino –la competencia- y se ven obligadas a cooperar.

Su auténtica motivación para elegir el sexo como método de reproducción de los humanos esta clarísima, en vista del uso que ha hecho de él. El sexo podría haber sido desde nuestro punto de vista, completamente inocente. Podría haber sido meramente una forma más en la que un ser más fuerte se alimenta de otro más débil –como sucede de hecho en las arañas, que culminan sus nupcias con la novia comiéndose al novio-. Pero en los humanos, el Enemigo ha asociado gratuitamente el afecto con el deseo sexual. También ha hecho que su descendencia sea dependiente de los padres, y ha impulsado a los padres a mantenerla, ando llegar así a la familia, que es como el organismo, sólo que peor, porque sus miembros están más separados, pero también unidos de una forma más consciente y responsable. Todo ello resulta ser, de hecho, un artilugio más para meter el Amor.

Ahora viene lo bueno del asunto. El Enemigo describió a la pareja casada como ‘una sola carne’. No dijo ‘una pareja felizmente casada’, ni ‘una pareja que se casó porque estaba enamorada’, pero se puede conseguir que los humanos no tengan eso en cuenta. También se le puede hacer olvidar que el hombre al que llaman Pablo no lo limitó a las parejas *casadas*. Para Él, la mera copulación da lugar a ‘una sola carne’. De esta forma, se puede conseguir que los humanos acepten como elogios retóricos del ‘enamoramiento’ lo que eran, de hecho, simples descripciones del verdadero significado de las relaciones sexuales. Lo cierto es que siempre que un hombre yace con una mujer, les guste o no, se establece entre ellos una relación trascendente que debe ser eternamente disfrutada o eternamente soportada. A partir de la afirmación verdadera de que esta relación, trascendente, estaba prevista para producir – y, si se aborda obedientemente, lo *hará* con demasiada frecuencia –el afecto y la familia, se puede hacer que los humanos infieran la falsa creencia de que la mezcla de afecto, temor y deseo que llaman ‘estar enamorados’ es lo único que hace feliz o santo al matrimonio. El error es fácil de provocar, porque ‘enamorarse’ es algo que con mucha frecuencia, en Europa occidental, prende matrimonios contraídos en obediencia a los propósitos del Enemigo, esto es, con la intención de la fidelidad, la fertilidad y la buena voluntad; al igual que la emoción religiosa muy a menudo, pero no siempre, acompaña a la conversión. En otras palabras, los humanos deben ser inducidos a considerar como la base del matrimonio una versión muy coloreada y distorsionada de algo que el Enemigo realmente promete como su resultado. Esto tiene dos ventajas. En primer lugar, a los humanos que no tienen el don de la continencia se les puede disuadir de buscar en el matrimonio una solución, porque no se sienten ‘enamorados’ y, gracias a nosotros la idea de casarse por cualquier otro motivo les parece vil y cínica. Sí, eso piensan. Consideran el propósito de ser fieles a una sociedad de ayuda mutua,

para la conservación de la castidad y para la trasmisión de la vida, como algo inferior que una tempestad de emoción. **¡!!!** (No olvides hacer que tu hombre piense que la ceremonia nupcial es muy ofensiva). En segundo lugar, cualquier infatuación sexual, mientras se proponga el matrimonio como fin, será considerada ‘amor’, y el ‘amor’ será usado para excusar al hombre de toda culpa, y para protegerle de todas las consecuencias de casarse con una pagana, una idiota o una libertina. Pero ya seguiré en mi próxima carta.

XX. CASTIDAD. Persuadirle que la castidad es poco sana. Si no puedes hacerlo licencioso puedes hacerlo que pretenda un matrimonio conveniente. La moda y permisividad de la sociedad. Orientar los deseos a algo que no existe.

XXI. Cuantas más exigencias a la vida puedas lograr que haga el paciente, más a menudo se sentirá ofendido: el mal humor. “Mi tiempo es mío”: hay que estimular el sentimiento de propiedad. ¡Que son propietarios de sus cuerpos! “Mis botas”, “mi Dios”.

XXIII. JESÚS HISTÓRICO. Primero, según pautas liberales y humanitarias; ahora según pautas marxistas y revolucionarias: 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser ‘un gran hombre’; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado. Cristianismo y política: hacer del cristianismo un medio para la justicia social. Pero Dios no se deja usar como instrumento.

A través de esta chica y de su repugnante familia, el paciente está conociendo ahora cada vez a más cristianos, y además cristianos muy inteligentes. Durante mucho tiempo va a ser imposible *extirpar* la espiritualidad de su vida. Muy bien; entonces debemos *corromperla*. Sin duda, habrás practicado a menudo el transformarte en un ángel de la luz, como ejercicio de pista. Ahora es el momento de hacerlo delante del Enemigo. El Mundo y la Carne nos han fallado; queda un tercer Poder. Y este tercer tipo de éxito es el más glorioso de todos. Un santo echado a perder, un fariseo, un inquisidor, o un brujo, es considerado en el Infierno como una mejor pieza cobrada que un tirano o un disoluto corriente.

Pasando revista a los nuevos amigos de tu paciente, creo que el mejor punto de ataque sería la línea entre la teología y la política. Varios de sus nuevos amigos son muy conscientes de las implicaciones sociales de su religión. Ese, en sí mismo, es malo; pero puede aprovecharse en nuestra ventaja.

Descubrirás que muchos escritores políticos cristianos piensan que el cristianismo empezó a deteriorarse, y a apartarse de la doctrina de su Fundador, muy temprano. Debemos usar esta idea para estimular una vez más la idea de ‘Jesús histórico’, que puede encontrarse apartando posteriores ‘añadidos y perversiones’, y que debe luego compararse con toda la tradición cristiana. En la última generación promovimos la construcción de uno de estos ‘Jesuses históricos’ según pautas liberales y humanitarias; ahora estamos ofreciendo un ‘Jesús histórico’ según pautas marxistas, catastrofistas y revolucionarias. Las ventajas de estas construcciones, que nos proponemos cambiar cada 30 años o así, son múltiples. En primer lugar, todas ellas tienden a orientar la devoción de los hombres hacia algo que no existe, porque todos estos ‘Jesuses históricos’ son ahistóricos. Los documentos dicen lo que dicen, y no puede añadirseles nada; cada nuevo ‘Jesús histórico’, por tanto, ha de ser extraído de ellos, suprimiendo unas cosas y exagerando otras, y por ese tipo de *deducciones* (*brillantes* es el adjetivo que les enseñamos a los humanos a aplicarles) por las que nadie arriesgaría cinco monedas en la vida normal, pero que basta para producir una cosecha de nuevos Napoleones,

nuevos Shakespeares y nuevos... en la lista de otoño de cada editorial. En segundo lugar, todas estas construcciones depositan la importancia de su 'Jesús histórico' en alguna peculiar teoría que se supone Él ha promulgado. Tiene que ser un 'gran hombre' en el sentido moderno de la palabra, es decir, situado en el extremo de alguna línea de pensamiento centrífuga y desequilibrada: un chiflado que vende una panacea. Así distraemos la mente de los hombres de quien Él es y de lo que Él hizo. Primero hacemos de Él tan sólo un maestro, y luego ocultamos la muy sustancial concordancia existente entre Sus enseñanzas y las de todos los demás grandes maestros morales. Porque a los humanos no se les debe permitir notar que todos los grandes moralistas son enviados por el Enemigo, no para informar a los hombres, sino para recordarles, para reafirmar contra nuestra continua ocultación las primigenias vulgaridades morales. Nosotros creamos a los sofistas; Él creó un Sócrates para responderles. Nuestro tercer objetivo es, por medio de estas construcciones, destruir la vida devocional. Nosotros sustituimos la presencia real del Enemigo, que de otro modo los hombres experimentan en la oración y en los sacramentos, por una figura meramente probable, remota, sombría y grosera, que hablaba un extraño lenguaje y que murió hace mucho tiempo. Un objeto así no puede, de hecho, ser adorado. En lugar del Creador adorado por su criatura, pronto tienes meramente un líder aclamado por un partidario, y finalmente un personaje destacado, aprobado por un sensato historiador. Y en cuanto lugar, además de ser ahistórica en el Jesús que describe, esta clase de religión es contraria a la historia en otro sentido. Ninguna noción y pocos individuos, se ven arrastrados realmente al campo del Enemigo por el estudio histórico de la biografía de Jesús, como mera biografía. De hecho, a los hombres se les ha privado del material necesario para una biografía completa. Los primeros conversos fueron convertidos por un solo hecho histórico (la Resurrección) y una sola doctrina teológica (la Redención), actuando sobre un sentimiento del pecado que ya tenían; y un pecado no contra una ley inventada como una novedad por un 'gran hombre', sino contra la vieja y tópica ley moral universal que les había sido enseñada por sus niñeras y madres. Los Evangelios vienen después, y fueron escritos, no para hacer cristianos, sino para edificar a los cristianos ya hechos.

El 'Jesús histórico', pues, por peligroso que pueda parecer para nosotros en alguna ocasión particular, deber ser siempre estimulado. Con respecto a la conexión general entre el cristianismo y la política, nuestra posición es más delicada. Por supuesto, no queremos que los hombres dejen que su cristianismo influya en su vida política, porque el establecimiento de algo parecido a una sociedad verdaderamente justa sería una catástrofe de primera magnitud. Por otra parte, queremos, y mucho, hacer que los hombres consideren el cristianismo como un medio; preferentemente, claro, como un medio para su propia promoción; pero, a falta de eso, como un medio para cualquier cosa, incluso la justicia social. Lo que hay que hacer es conseguir que un hombre valore, al principio, la justicia social como algo que el Enemigo exige, y luego conducirlo a una etapa en la que valore el cristianismo porque puede dar lugar a la justicia social. Porque el Enemigo no se deja usar como un instrumento. Los hombres o las naciones que creen que pueden reavivar la fe con el fin de hacer una buena sociedad podrían, para eso, pensar que pueden usar las escaleras del Cielo como un atajo a la farmacia más próxima. Por fortuna, es bastante fácil convencer a los humanos de que hagan eso. Hoy mismo he descubierto en un escritor cristiano un pasaje en el que recomienda su propia versión de cristianismo con la excusa de que 'sólo una fe así puede sobrevivir a la muerte de viejas culturas y al nacimiento de nuevas civilizaciones'. ¿Ves la pequeña discrepancia? 'Creed esto, no porque sea cierto, sino por alguna otra razón'. Ese es el juego.

XXIV. El Orgullo espiritual: "¡Qué distintos somos los cristianos!", mi 'grupo'. Que

adopte un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes. Lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que se sienta una de los iniciados.

XXV. Es un inconveniente que tu paciente sea *meramente* cristiano. Conviene otro planteamiento: “el cristianismo y... la Crisis, ... la Nueva Psicología. Horror a Lo Mismo de Siempre. Experimentar el cambio es siempre agradable: la absoluta novedad. Esta exigencia reduce el placer mientras aumenta el deseo (Arte, modas: distraer de los verdaderos peligros (en épocas libertinas ir contra el puritanismo). Elevar el amor al cambio, a una filosofía: carácter evolucionista e histórico del pensamiento moderno. A Dios le encantan los tópicos, que los hombres se hagan preguntas muy simples (¿es justo?, ¿es posible?). Nosotros preguntas irrelevantes porque no conocen el futuro. Hemos sustituido lo “inalterado” (descriptivo) por lo “estancado” (emocional).

El verdadero inconveniente del grupo en el que vive tu paciente es que es *meramente* cristiano. Todos tienen intereses individuales, claro, pero su lazo de unión sigue siendo el mero cristianismo. Lo que nos conviene, si es que los hombres se hacen cristianos, es mantenerles en el estado de ánimo que yo llamo ‘el cristianismo y...’ Ya sabes: el cristianismo y la Crisis, el cristianismo y la Nueva Psicología... Si han de ser cristianos, que al menos sean cristianos con una diferencia. Sustituir la fe misma por alguna moda de tonalidad. Trabajar sobre su horror a Lo Mismo de Siempre.

El horror a Lo Mismo de siempre es una de las pasiones más valiosas que hemos producido en el corazón humano: una fuente sin fin de herejías en lo religioso, de locuras en los consejos, de infidelidad en el matrimonio, de inconstancia en la amistad. Los humanos viven en el tiempo y experimentan la realidad sucesivamente. Para experimentar gran parte de la realidad, consecuentemente, deben experimentar muchas cosas diferentes; en otras palabras, deben experimentar el cambio. Y ya que necesitan el cambio. Y ya que necesitan el cambio, el Enemigo (puesto que, en el fondo, es un hedonista) ha hecho que el cambio les resulte agradable al igual que ha hecho que comer sea agradable. Pero como Él no desea que hagan del cambio, ni de comer, un fin en sí mismo, ha contrapesado su amor al cambio con su amor a lo permanente. Se las ha arreglado para gratificar ambos gustos al mismo tiempo en el mundo que Él ha creado, mediante una fusión del cambio y la permanencia que llamamos ritmo. Les da las estaciones, cada una diferente pero cada año las mismas, de tal forma que la primavera resulta siempre una novedad y al mismo tiempo la repetición de un tema inmemorial. Les da, en su Iglesia, un año litúrgico; cambian de un ayuno a un festín, pero es el mismo festín que antes.

Ahora bien, al igual que aislamos y exageramos el placer de comer para producir la glotonería, aislamos y exageramos el natural placer el cambio y lo distorsionamos hasta una exigencia de absoluta novedad. Esta exigencia es enteramente producto de nuestra eficiencia. Si descuidamos nuestra tarea, los hombres no sólo se sentirán satisfechos, sino transportados por la novedad y familiaridad combinadas de los copos de nieve de este enero, del amanecer de esta mañana... Los niños, hasta que les hayamos enseñado otra cosa, se sentirán perfectamente felices con una ronda de juegos según las estaciones, en la que saltar a la pata coja sucede a las canicas tan regularmente como el otoño sigue al verano. Sólo gracias a nuestros incesantes esfuerzos se mantiene la exigencia de cambios infinitos o arrítmicos.

Esta exigencia es valiosa en varios sentidos. En primer lugar, reduce el placer mientras aumenta el deseo. El placer de la novedad, por su misma naturaleza, está más sujeto que

cualquier otro a la ley del rendimiento decreciente. Una novedad continua cuesta dinero, de forma que su deseo implica avaricia o infelicidad, o ambas cosas. Y además, cuanto más ansioso sea este deseo, antes debe engullir todas las fuentes inocentes del placer y pasar a aquellas que el Enemigo prohíbe. Así, exacerbando el horror a lo mismo de siempre, hemos hecho las Artes, por ejemplo, menos peligrosas para nosotros que nunca lo fueron, pues ahora tanto los artistas ‘intelectuales’ como los ‘populares’ se ven empujados por igual a cometer nuevos y nuevos excesos de lascivia, sin razón, crueldad y orgullo. Por último, el afán de novedad es indispensable para producir modas o bogas.

La utilidad de las modas en el pensamiento es distraer la atención de los hombres de sus auténticos peligros. Dirigimos la protesta de moda en cada generación contra aquellos vicios de los que está en menos peligro de caer, y fijamos su aprobación en la virtud más próxima a aquel vicio que estamos tratando de hacer endémico. El juego consiste en hacerles correr de un lado a otro con extintores de incendios cuando hay una inundación, y todos amontonándose en el lado del barco que está ya casi con la borda sumergida. Así, ponemos de moda denunciar los peligros del entusiasmo en el momento preciso en que todos se están haciendo mundanos e indiferentes; un siglo después cuando estamos realmente haciendo a todos byronianos y ebrios de emoción, la protesta en boga está dirigida contra los peligros del mero ‘entendimiento’. Las épocas crueles son puestas en guardia contra el Sentimentalismo, las casquivanas, y ociosas contra la Respetabilidad, las libertinas contra el Puritanismo; y siempre que todos los hombres realmente están apresurándose a convertirse en esclavos o tiranos, hacemos del Liberalismo la máxima pesadilla.

Pero el mayor triunfo de todos es elevar este horror a Lo Mismo de Siempre a una filosofía, de forma que el sinsentido en el intelecto pueda reforzar la corrupción de la voluntad. Es en este aspecto en el que el carácter Evolucionista o Histórico del moderno pensamiento europeo (en parte obra nuestra) resulta tan útil. Al Enemigo le encantan los tópicos. Acerca de un plan de acción propuesto, Él quiere que los hombres, hasta donde alcanzo a ver, se hagan preguntar muy simple: ¿Es justo? ¿Es prudente? ¿Es posible? Ahora sí podemos mantener a los hombres preguntándose: ‘¿Está de acuerdo con la tendencia general de nuestra época? ¿Es progresista o reaccionario? ¿Es éste el curso de la Historia?’, olvidarán las preguntas relevantes. Y las preguntas que *se hacen* son, naturalmente incontestables; porque no conocen el futuro, y lo que será el futuro depende en gran parte precisamente de aquellas elecciones en que ellos invocan al futuro para que les ayude a hacerlas. En consecuencia, mientras sus mentes están zumbando en este vacío, tenemos la mejor ocasión para colarnos e inclinarles a la acción que *nosotros* hemos decidido. Y ya se ha hecho muy buen trabajo. En un tiempo, sabían que algunos cambios eran a mejor, y otros a peor, y aun otros indiferentes. Les hemos quitado en gran parte este conocimiento. Hemos sustituido el adjetivo descriptivo ‘inalterado’ por el adjetivo emocional ‘estancado’. Les hemos enseñado a pensar en el futuro como una tierra prometida que alcanzan los héroes privilegiados, no como algo que alcanza todo el mundo al ritmo de 60 minutos cada hora, haga lo que haga, sea quien sea.

XXVII. Cualquier cosa (incluso el pecado) que acerque a Dios nos perjudica. En Dios no hay futuro sino un Ahora ilimitado: contemplar a un hombre haciendo algo no es obligarle a hacerlo. Para que los eruditos no adquieran sabiduría, inculcarles el Punto de Vista Histórico. Ante un texto antiguo que nunca se plantee si es verdad sino quién influyó en él... cómo influyó en otros... Considerarlo como una posible fuente de conocimiento, se rechazaría como ingenuo.

XXVIII. PROSPERIDAD – MUNDO. La rutina de la adversidad, la gradual decadencia

de los amores juveniles proporciona oportunidades para desgastarlo por agotamiento. Pero la prosperidad une al hombre al Mundo... 'Se siente a gusto en la Tierra. Convencer a los jóvenes que la Tierra puede convertirse en Cielo en el futuro por la Política y la Ciencia.

XXIX. Para que un hombre sea malo necesita alguna virtud, pero no hemos descubierto cómo producir ninguna virtud. En la situación de guerra coordinar el odio con el miedo. Cuanto más miedo tenga más odiará. Inculcar la cobardía provoca conocimiento de sí mismo > humildad > moral. En la paz podemos hacer que ignoren el bien y el mal. El valor, la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, es decir, de máxima realidad. El acto de cobardía es lo que importa.

Ahora que es seguro que los humanos alemanes van a bombardear la ciudad de tu paciente y que sus obligaciones le van a mantener en el lugar de máximo peligro, debemos pensar nuestra política. ¿Hemos de tomar por objetivo la cobardía o el valor, con el orgullo consiguiente... o el odio a los alemanes?

Bueno, me temo que es inútil tratar de hacer la valiente. Nuestro Departamento de Investigación no ha descubierto todavía (aunque el éxito se espera cada hora) cómo producir *ninguna* virtud. ¿Qué hubiera sido Atila sin su valor, o Shylok sin abnegación en lo que se refiere a la carne? Pero como no podemos suministrar esas cualidades nosotros mismos, sólo podemos estilizarlas cuando las suministra el Enemigo; y esto significa dejarle a Él una especie de asidera en aquellos hombres que, de otro modo, hemos hecho más totalmente nuestros...

El odio podemos conseguirlo. La tensión de los nervios humanos en medio del ruido, el peligro y la fatiga les hace propensos a cualquier emoción violenta, y sólo es cuestión de guiar esta susceptibilidad por los conductos adecuados. Si en conciencia se resiste, atúrdele. Déjale decir que siente odio no por él, sino en nombre de las mujeres y los niños, y que a un cristiano le dicen que perdone a sus propios enemigos, no a los de otras personas. En otras palabras, déjale considerarse lo bastante identificado con las mujeres y los niños como para sentir odio en su nombre, pero *no lo* bastante identificado como para considerar a los enemigos de éstos como propios y, en consecuencia, como merecedores de su perdón.

Pero es mejor combinar el odio con el miedo. De todos los vicios, sólo la cobardía es puramente dolorosa: horrible de anticipar, horrible de sentir, horrible de recordar; el odio tiene sus placeres. En consecuencia, el odio es a menudo la *compensación* mediante la que un hombre asustado se resarce de los sufrimientos del miedo. Cuanto más miedo tenga, más odiará. Y el odio es también un antídoto de la vergüenza. Por tanto para hacer una herida profunda en su caridad, primero debes vencer su valor.

Ahora bien. Esto es un asunto peliagudo. Hemos hecho que los hombres se enorgullezcan de la mayor parte de los vicios, pero no de la cobardía. Cada vez que hemos estado a punto de lograrlo, el Enemigo permite una guerra o un terremoto o cualquier otra calamidad, y al instante el valor resulta tan obviamente encantador e importante, incluso a los ojos de los humanos, que toda nuestra labor es arruinada, y todavía queda un vicio del que sienten auténtica vergüenza. El peligro de inculcar la cobardía a nuestros pacientes, por tanto, estriba en que provocamos verdadero conocimiento de sí mismos y verdadero autodesprecio, con el arrepentimiento y la humildad consiguiente. Y, de hecho, durante la última guerra, miles de humanos, al descubrir su cobardía, descubrieron la moral por primera vez. En la paz, podemos hacer que muchos de ellos ignoren por completo el bien y el mal. En peligro, la cuestión se les

plantea de tal forma en la que ni siquiera nosotros podemos cegarles. Esto supone un cruel dilema para nosotros. Si fomentásemos la justicia la caridad entre los hombres, le haríamos el juego directamente al Enemigo; pero si les conducimos al comportamiento opuesto, esto produce antes o después (porque Él permite que lo produzca) una guerra o una revolución, y la ineludible alternativa entre la cobardía y el valor despierta a miles de hombre del letargo moral.

Ésta es, de hecho, una de las razones del Enemigo para crear un mundo peligroso, un mundo en el que las cuestiones morales se plantean a fondo. Él ve tan bien como tú que el valor no es precisamente *una* de las virtudes, sino la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, lo que significa en el punto de máxima realidad. Una castidad o una honradez o una piedad que cede ante el peligro será casta u honrada o piadosa sólo con condiciones. Pilatos fue piadoso hasta que resultó arriesgado.

Es posible, por tanto, perder tanto como ganamos haciendo de tu hombre un cobarde: ¡puede aprender demasiado de sí mismo! Siempre existe la posibilidad, claro está, no de cloroformizar la vergüenza, sino de agudizarla y provocar la desesperación. Esto sería un gran triunfo. Demostraría que había creído en el perdón de sus pecados por el Enemigo, y que lo había aceptado, sólo porque él mismo no sentía completamente su pecaminosidad; que con respecto al único vicio cuya completa profundidad de deshonra comprende no puede buscar el Perdón, ni confiar en él. Pero me temo que le has dejado avanzar demasiado en la escuela del Enemigo, y que sabe que la desesperación es un pecado más grave que cualquiera de los que la producen.

En cuanto a la técnica real de la tentación a la cobardía, no hace falta decir mucho. Lo fundamental es que las precauciones tiendan a aumentar el miedo. Las precauciones públicamente impuestas a tu paciente, sin embargo, pronto se convierten en una cuestión rutinaria, y ese efecto desaparece. Lo que debes hacer es mantener dando vueltas por su cabeza (al lado de la intención consciente de cumplir con su deber) la vaga idea de todo lo que puede hacer o no hacer, *dentro* del marco de su deber, que parece darle un poco más de seguridad. Desvía su pensamiento de la simple regla ('Tengo que permanecer aquí y hacer tal y cual cosa') a una serie de hipótesis imaginarias ('Si ocurriese A –aunque espero que no– podría hacer B, y en el peor de los casos, podría hacer C'). Si nos las reconoce como tales, se le pueden inculcar supersticiones. La cuestión es hacer que no deje de tener la sensación de que, aparte del Enemigo y del valor que el Enemigo le infunde, tiene *algo a lo que recurrir*, de forma que lo que había de ser una entrega total al deber, se vea totalmente minado por pequeñas *reservas* inconscientes. Fabricando una serie de cursos imaginarios para impedir 'lo peor', desprovocar, a ese nivel de su voluntad del que no es consciente, la decisión de que no ocurrirá 'lo peor'. Luego, en el momento de verdadero terror, metérselo en los nervios y los músculos y puedes conseguir que cometa el acto fatal antes de que sepa qué te propones. Porque, recuérdalo, el *acto* de cobardía es el único que importa; la emoción del miedo no es en sí, un pecado, y, aunque disfrutamos de ella, no nos sirve para nada.

XXX. EE 321: SERÁ PRESTO CONSOLIDADO. En el ataque aéreo estuvo asustado y se cree un cobarde: no siente ningún orgullo, pero ha hecho todo lo que su deber le exigía. Los peligros del cansancio humilde y amable es cuando han perdido la esperanza de descansar. Por tanto, hay que alimentarle falsas esperanzas. Lo que hay que evitar es la entrega absoluta: que sólo esté dispuesto a soportar "por un tiempo razonable" y que este tiempo sea corto. El ataque desde las emociones: que cuando vea una atrocidad, hacerle sentir que así es "como realmente es el mundo" y que toda su religión ha sido una fantasía. Confusión con la palabra "real" (sólo lo 'físico') (v.c. en el parto, el dolor y la sangre son reales, y la alegría un mero

punto de vista subjetiva.

A veces me pregunto si te crees que has sido enviado al mundo para tu propia diversión. Colijo, no de tu miserablemente insuficiente informe, sino del de la Policía Infernal, que el comportamiento del paciente durante el primer ataque aéreo ha sido el peor posible. Estuvo muy asustado y se cree un gran cobarde, y por tanto no siente ningún orgullo; pero ha hecho todo lo que puedes mostrar en tu haber es un arranque de mal genio contra un perro que le hizo tropezar, un número algo excesivo de cigarrillos fumados, y haber olvidado una oración. ¿De qué sirve que te me lamente de tus dificultades? Si estás actuando de acuerdo con la idea de ‘justicia’ del Enemigo e insinuando que tus posibilidades y tus intenciones debieran tenerse en cuenta, entonces no estoy muy seguro de que no te estés haciendo merecedor de una acusación de herejía. En cualquier caso, pronto verás que la justicia del Infierno es puramente realista, y que sólo le interesan los resultados. Tráenos alimento, o sé tú mismo alimento.

El único pasaje constructivo de tu carta es aquel donde dices que todavía esperas buenos resultados de la fatiga del paciente. Eso está bastante bien. Pero no te caerá en las manos. La fatiga *puede* producir una extremada amabilidad, y paz de espíritu, e incluso algo parecido a la visión. Si has visto con frecuencia a hombres empujados por ella a la irritación, la malicia y la impaciencia, eso es porque esos hombres tenían tentadores eficientes. Lo paradójico es que una fatiga moderada es mejor terreno para el malhumor que el agotamiento absoluto. Esto depende en parte de causas físicas, pero en parte de algo más. No es simplemente la fatiga como tal la que produce la irritación, sino las exigencias inesperadas a un hombre ya cansado. Sea lo que sea lo que esperen, los hombres pronto llegan a pensar que tienen derecho a ello: el sentimiento de decepción puede ser convertido, con muy poca habilidad de nuestra parte, en un sentimiento de agravio. Los peligros del cansancio humilde y amable comienzan cuando los hombres se han rendido a lo irremediable, una vez que han perdido la esperanza de descansar y han dejado de pensar hasta en la media hora siguiente. Para conseguir los mejores resultados posibles de la fatiga del paciente, por tanto, debes alimentarle con falsas esperanzas. Métele en la cabeza razones plausibles para creer que el ataque aéreo no se repetirá. Haz que se reconforte pensando cuánto disfrutará de la cama la próxima noche. Exagera el cansancio, haciéndole creer que pronto habrá pasado, porque los hombres suelen sentir que no habrían podido soportar por más tiempo un esfuerzo en el momento preciso en que se está acabando, o cuando creen que se está acabando. En esto, como en el problema de la cobardía, lo que hay que evitar es la entrega absoluta. Diga lo que *diga*, haz que su íntima decisión no sea soportar lo que le caiga, sino soportarlo ‘por un tiempo razonable’; y haz que el tiempo razonable sea más corto de lo que sea probable que vaya a durar la prueba. No hace falta que sea *mucho* más corto; en los ataques contra la paciencia, la castidad y la fortaleza, lo divertido es hacer que el hombre se rinda justo cuando (si lo hubiese sabido) el alivio estaba casi a la vista.

No sé si es probable o no que se vea con la chica en situaciones de apuro. Si la ve, utiliza a fondo el hecho de que, hasta cierto punto, la fatiga hace que las mujeres hablen más y que los hombres hablen menos. De ahí puede suscitarse mucho resentimiento secreto, hasta entre enamorados.

Probablemente, las escenas que está presenciando ahora no suministrarán material para llevar a cabo un ataque *intelectual* contra su fe; tus fracasos precedentes han puesto eso fuera de tu poder. Pero hay una clase de ataque a las emociones que todavía puede intentarse. Consiste en hacerle *sentir*, cuando vea por primera vez restos humanos pegados a una pared que así es ‘como realmente el mundo’, y que toda su religión ha sido una fantasía. Te habrás dado cuenta

de que les tenemos completamente obnubilados en cuanto al significado de la palabra ‘real’. Se dicen entre sí, acerca de alguna gran experiencia espiritual: ‘Todo lo que *realmente* sucedió es que oíste un poco de música en un edificio iluminado’; aquí ‘real’ significa los hechos físicos desnudos, separados de los demás elementos de la experiencia que, efectivamente, tuvieron. Por otra parte, también dirán: ‘Está muy bien hablar de ese salto desde un trampolín alto, ahí sentado en un sillón, pero espera estar allá arriba y verás lo que es *realmente*’; aquí ‘real’ se utiliza en el sentido opuesto, para referirse no a los hechos físicos (que ya conocen, mientras discuten la cuestión sentados en sillones), sino al efecto emocional que estos hechos tienen en una conciencia humana. Cualquiera de estas acepciones de la palabra podría ser defendida; pero nuestra misión consiste en mantener las dos funcionando al mismo tiempo, de forma que el valor emocional de la palabra ‘real’ pueda colocarse ahora a un lado, ahora al otro, de la cuenta, según nos convenga. La regla general que ya hemos establecido bastante bien entre ellos es que en todas las experiencias que pueden hacerles mejores o más felices sólo los hechos físicos son ‘reales’, mientras que los elementos espirituales son ‘subjetivos’; en todas las experiencias que pueden desanimarles o corromperles, los elementos espirituales son la realidad fundamental, e ignorarlos es ser un escapista. Así, en el alumbramiento la sangre y el dolor son ‘reales’, y la alegría un mero punto de vista subjetivo; en la muerte, el terror y la fealdad revelan lo que la muerte ‘significa realmente’. La odiosidad de una persona odiada es ‘real’: en el odio se ve a los hombres tal como son, se está desilusionando; pero el encanto de una persona amada es meramente una neblina subjetiva que oculta un fondo ‘real’ de apetencia sexual o de asociación económica. Las guerras y la pobreza son ‘realmente’ horribles; la paz y la abundancia son meros hechos físicos acerca de los cuales resulta que los hombres tienen ciertos sentimientos. Las criaturas siempre están acusándose mutuamente de querer ‘comerse el pastel y tenerlo’; pero gracias a nuestra labor están más a menudo en la difícil situación de pagar el pastel y no comérselo. Tu paciente, adecuadamente manipulado, no tendrá ninguna dificultad en considerar su emoción ante el espectáculo de unas entrañas humanas como una revelación de la realidad y su emoción ante la visión de unos niños felices o de un día radiante como mero sentimiento.

A, B, Adiciones, tiempo.

1. Un Dios trascendente pero encarnado

C, F, G

2. Un sentido verdadero en la Iglesia.

E

3. Contemplativos en la acción

D

4. Un gobierno eficaz desde la escucha.

H

INTRODUCCIÓN

IV. LA ORACIÓN: suscitar un ‘estado de ánimo’ vagamente devoto en el que no se dé una concentración de la voluntad y la inteligencia (confundirla con la oración de silencio). Desviar la mirada de Dios y dirigirla hacia ellos mismos: suscitar *sentimientos o sensaciones* (v.c. en vez de pedir perdón, sensación de sentirse perdonados). Que en la oración se dirija a lo que Él ha creado, no a la Persona que lo ha creado a él. Cuando confía en Su Presencia real, puede ocurrir cualquier cosa.

V. **Minar la fe e impedir la formación de virtudes. Lo 'nuestro' es la mundanidad satisfecha. La guerra y las dificultades les lleva a atender a valores y causas más elevadas que su 'ego'.**

VI. **Dirige su malicia a los vecinos y su benevolencia a los lejanos. Tres círculos: el más interior su voluntad (corazón), el siguiente la inteligencia, por último la imaginación: empujar las virtudes hacia fuera.**

VII. **Si los hombres no creen en nosotros, no podemos hacer brujos, pero sí materialistas y escépticos. Mitologizar la ciencia: la 'Fuerza vital', la adoración al sexo. Hacerlo un extremado patriota o un extremado pacifista: todos los extremos deben ser estimulados. Que la religión se convierta en meramente parte de la 'Causa': hacer del mundo un fin y de la fe un medio.**

VIII. **LA PRUEBA. Dios no puede tentar a la virtud, nosotros sí tentamos al vicio. Dios quiere que aprendan a andar.**

XII. **LO DISTRACTIVO. No se debe permitir sospechar que está alejándose de Dios. Que no llegue a arrepentirse de un pecado concreto. Distracer con cualquier cosa.**

XIII. **[Ignacio y sus lecturas. Lo 'distractivo']... "permitiste que leyera un libro del que realmente disfrutaba" e "ir ... a un paseo que le gusta". Cinco minutos de dolor de muelas dan al traste de cualquier dolor romántico, y el placer real con la vanidad, la ironía, el tedio. Cuando Dios les dice que 'pierdan su yo' les devuelve toda su personalidad. Cuando sean completamente Suyos serán más plenamente ellos mismos. Si tiene inclinación, que escriba un libro sobre él, pero que no actúe. Mantener su piedad fuera de su voluntad: en su imaginación y sus afectos.**

XIV. **Regla 5ª Gaston Fessard . Y DE LA HUMILDAD A TODAS LAS VIRTUDES (EE 146) "ANDAR EN VERDAD". "¡Caramba, estoy siendo humilde!"... inmediatamente el orgullo aparecerá. Con la humildad quiere Dios apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él y hacia los vecinos. Dios quiere que el hombre esté contento de lo que ha hecho como si lo hubiese hecho otro.**

XV. **EL TIEMPO. Dios quiere que los hombres atiendan a la eternidad y al presente. En el presente, el tiempo coincide con la eternidad. Nuestra tarea alejarles de la eternidad y el presente para hacerles vivir el futuro (más que el pasado). El futuro, el corazón de la temporalidad: enciende la esperanza y el temor. Casi todos los vicios miran al futuro, la gratitud al pasado y el amor al presente. Dios quiere que miremos al futuro para planificar el presente: el deber está en el presente. Nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro.**

XVIII. **LA SEXUALIDAD HUMANA. El 'estar enamorados' como la única base respetable del matrimonio. Si no se da, deja de ser vinculante. Para nosotros "ser" significa "ser compitiendo". Para Dios, las cosas deben ser muchas, pero también, de algún modo, una: Amor. (Trinidad) (La familia: "serán una sola carne") La fidelidad como algo inferior a una tempestad emocional.**

XX. CASTIDAD. **Persuadirle que la castidad es poco sana.** Si no puedes hacerlo licencioso puedes hacerlo que pretenda un matrimonio conveniente. La moda y permisividad de la sociedad. Orientar los deseos a algo que no existe.

XXIII. JESÚS HISTÓRICO. **Primero, según pautas liberales y humanitarias; ahora según pautas marxistas y revolucionarias:** 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser 'un gran hombre'; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado. Cristianismo y política: hacer del cristianismo un medio para la justicia social. Pero Dios no se deja usar como instrumento.

XXV. El Orgullo espiritual: "¡Qué distintos somos los cristianos!", mi 'grupo'. Que adopte un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes. Lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que se sienta una de los iniciados.

XXV. Es un inconveniente que tu paciente sea *meramente* cristiano. Conviene otro planteamiento: "el cristianismo y... la Crisis, ... la Nueva Psicología. Horror a Lo Mismo de Siempre." Experimentar el cambio es siempre agradable: la absoluta novedad. Esta exigencia reduce el placer mientras aumenta el deseo (Arte, modas: distraer de los verdaderos peligros (en épocas libertinas ir contra el puritanismo). Elevar el amor al cambio, a una filosofía: carácter evolucionista e histórico del pensamiento moderno. A Dios le encantan los tópicos, que los hombres se hagan preguntas muy simples (¿es justo?, ¿es posible?). Nosotros preguntas irrelevantes porque no conocen el futuro. Hemos sustituido lo "inalterado" (descriptivo) por lo "estancado" (emocional).

XXVIII. Cualquier cosa (incluso el pecado) que acerque a Dios nos perjudica. **En Dios no hay futuro sino un Ahora ilimitado:** contemplar a un hombre haciendo algo no es obligarle a hacerlo. Para que los eruditos no adquieran sabiduría, inculcarles el Punto de Vista Histórico. Ante un texto antiguo que nunca se plantee si es verdad sino quién influyó en él... cómo influyó en otros... Considerarlo como una posible fuente de conocimiento, se rechazaría como ingenuo.

XXIX. PROSPERIDAD – MUNDO. La rutina de la adversidad, la gradual decadencia de los amores juveniles proporciona oportunidades para desgastarlo por agotamiento. Pero **la prosperidad une al hombre al Mundo...** 'Se siente a gusto en la Tierra.' Convencer a los jóvenes que la Tierra puede convertirse en Cielo en el futuro por la Política y la Ciencia.

XXIX. Para que un hombre sea malo necesita alguna virtud, pero no hemos descubierto cómo producir ninguna virtud. En la situación de guerra coordinar el odio con el miedo. Cuanto más miedo tenga más odiará. Inculcar la cobardía provoca conocimiento de sí mismo > humildad > moral. **En la paz podemos hacer que ignoren el bien y el mal.** El valor, la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, es decir, de máxima realidad. El acto de cobardía es lo que

importa.

XXX. EE 321: SERÁ PRESTO CONSOLADO. En el ataque aéreo estuvo asustado y se cree un cobarde: no siente ningún orgullo, pero ha hecho todo lo que su deber le exigía. Los peligros del cansancio humilde y amable es cuando han perdido la esperanza de descansar. Por tanto, hay que alimentarle falsas esperanzas. Lo que hay que evitar es la entrega absoluta: que sólo esté dispuesto a soportar “por un tiempo razonable” y que este tiempo sea corto. El ataque desde las emociones: que cuando vea una atrocidad, hacerle sentir que así es “como realmente es el mundo” y que toda su religión ha sido una fantasía. Confusión con la palabra “real” (sólo lo ‘físico’) (v.c. en el parto, el dolor y la sangre son reales, y la alegría un mero punto de vista subjetivo.

TODO ESTO SE CONCRETARÍA EN TRES GRANDES TRAMPAS:

- **LA AUTOESTIMA**

- **SUJETO DE DERECHOS**

- **LA UTOPIÍA**